



CAPÍTULO 1

Adrian se agazapó sobre el tejado, escudriñando la puerta de servicio en la parte trasera del Hospital de Gatlon City. Aunque era muy temprano y el sol aún no había despuntado, algunas pinceladas de luz teñían el cielo plomizo de un pálido color violeta. La penumbra hacía difícil ver cualquiera de las diez plantas que estaban más abajo, salvo un par de camionetas y furgonetas de reparto.

–Tengo en la mira el vehículo de huida –dijo Nova, que observaba las calles silenciosas a través de un par de binoculares.

–¿Dónde? –preguntó él, inclinándose hacia ella–. ¿Cómo te das cuenta?

–La furgoneta de la esquina –giró la vista hacia la entrada del hospital y de inmediato volvió a posarla sobre el vehículo–. Ventanillas anodinas y polarizadas; el motor encendido, aunque está estacionado desde que llegamos.

Adrian buscó la furgoneta con la mirada. Grandes nubecillas blancas de vapor se elevaban del conducto de escape.

–¿Hay alguien adentro?



–Un sujeto, en el asiento del conductor. Podría haber más, pero no veo el asiento trasero.

Adrian llevó la muñeca a la boca, hablándole al brazalete de comunicación.

–Sketch a Cortina de Humo y Asesina Roja. El vehículo de huida bajo sospecha está estacionado en la Setenta y nueve y Fletcher Way. Instalen sus puestos en las vías de escape sur y este. Seguimos esperando el reconocimiento interno de Monarca.

–Entendido –la voz de Oscar crepitó en su oído–. Vamos en camino.

Adrian golpeteó los dedos contra el alero. Deseaba que la entrada trasera del hospital estuviera mejor iluminada. Había seis farolas, pero tres estaban quemadas. ¿No debió alguien ocuparse de cambiarlas?

–¿Puedo ver? –preguntó.

Nova alejó los binoculares fuera de su alcance.

–Consíguete los tuyos.

Aunque quiso irritarse por la respuesta, no pudo evitar un asomo de sonrisa. Parecía justo, ya que aquella mañana Nova le había explicado a Oscar, durante veinte minutos, todas las modificaciones que le había realizado a este par de prismáticos genéricos. Ahora contaban con autofocus y estabilizador de imagen, indicador de blancos móviles, vigilancia nocturna, aparato de video y lentes computarizadas donde se proyectaban los valores de las coordenadas de GPS y el pronóstico del tiempo. Y como si todo ello no fuera lo bastante impresionante, también añadió un software que combinaba un programa de reconocimiento facial con la prodigiosa base de datos de los Renegados.

Indudablemente, había estado equipándolos durante meses.

–De acuerdo, conseguiré unos para mí –respondió. Extrajo su rotulador de punta fina de la manga de su uniforme de Renegados y empezó a bosquejar un par de binoculares sobre el costado de una caja de herramientas metálica–. Quizás equipe los míos con visión de rayos X.

–¿Siempre fuiste tan competitivo? –preguntó Nova, tensando la mandíbula.

Adrian esbozó una amplia sonrisa.

–Solo bromeaba. Necesitaría al menos un conocimiento básico acerca del funcionamiento de los rayos X. Pero definitivamente les pondré aquel indicador de blancos móviles que mencionaste. Además de asideros ergonómicos. Y quizás una linterna... –terminó su bosquejo y tapó el rotulador. Presionó los dedos contra la superficie de metal y jaló el dibujo de la caja de herramientas, transformándolo en un objeto utilizable de tres dimensiones.

Se arrodilló nuevamente junto a Nova, ajustó el ancho de la pieza para ojos de sus prismáticos nuevos y escudriñó la calle. La furgoneta no se había movido de lugar.

–Allí está Danna –señaló Nova.

Adrian giró para dirigir la vista hacia el aparcamiento, pero las puertas seguían cerradas.

–¿Dónde...?

–Tercera planta.

Reajustó los prismáticos y vio un enjambre de mariposas que brotaba de una ventana abierta. En la oscuridad parecían más una colonia de murciélagos, perfilados contra el edificio. Las mariposas se arremolinaron sobre el aparcamiento del hospital y se transformaron en la figura de Danna.


El comunicador de su muñeca zumbó.

–Empiezan a salir –oyó que decía la voz de aquella–. Son seis en total.

–Siete con el conductor –corrigió Nova. La furgoneta avanzó y dobló la esquina, se detuvo delante de las puertas de entregas. Segundos después, se abrieron de par en par, y seis figuras salieron a toda velocidad del hospital, cargadas con enormes bolsas negras.

–¿Hay civiles cerca? –preguntó Adrian.

–Negativo –respondió Danna.



–Copiado. Listos para entrar, equipo. Danna, quédate...

–¡Sketch! –exclamó Nova, provocándole un sobresalto–. Hay una prodigio entre ellos.

La miró parpadeando.

–¿Qué?

–Aquella mujer... la que tiene la argolla en la nariz. Aparece en la base de datos. Su alias es... ¿Espina?

Se devanó los sesos, pero no le resultaba conocido.

–Jamás escuché hablar de ella –Adrian volvió a observar a través de los prismáticos. Las figuras arrojaron su botín dentro de la furgoneta; la mujer con la argolla fue la última en subir–. ¿Cuál es su poder?

–Evidentemente, tiene... extremidades cubiertas de espinas –Nova lo miró, extrañada.

Adrian encogió los hombros y volvió a dirigir la voz hacia el brazalete.

–Equipo, máxima alerta. Los objetivos cuentan con una prodigio. Quédense en sus puestos, pero procedan con precaución. Insomnia y yo... –un estruendo le provocó un sobresalto. Al volverse, advirtió que Nova ya se había marchado. Se incorporó de un salto para asomarse por encima del costado del edificio. El sonido era Nova, aterrizando sobre el primer descansillo de la escalera de incendios... ocuparemos el puesto norte –masculló.


Se oyó un chirrido de neumáticos. La furgoneta se alejó dando tumbos. Adrian levantó la muñeca en tanto la adrenalina le corría desbocada por el cuerpo. Esperó a ver en qué dirección...

El vehículo tomó la primera calle a la izquierda.

–¡Cortina de Humo, te toca a ti! –gritó.

Arrojando a un lado los prismáticos, Adrian corrió hacia Nova. Por encima, Danna volvió a formar un enjambre y se lanzó tras la furgoneta.

Nova estaba en la mitad de la calle cuando se dejó caer desde la escalera de incendios, golpeando la acera con sus botas. Adrian se lanzó



a correr tras ella, sus largas piernas le otorgaban cierta ventaja, aunque seguía detrás cuando ella apuntó el dedo hacia la derecha.

—¡Ve por allá! —gritó Nova, largándose en dirección opuesta.

A una calle de distancia, volvió a oír el chirrido de neumáticos, esta vez acompañado de un violento frenazo. Una nube de espesa neblina blanca se elevó del tejado de un edificio de oficinas.

La voz de Oscar se oyó a través del brazaletes.

—¡Están retrocediendo... se dirigen al norte sobre Bridgewater!

Adrian giró en la esquina y vio las luces traseras color rojo centelleando hacia él. Hurgó en la manga para extraer un trozo de tiza blanca, metida junto al rotulador. Se inclinó y dibujó rápidamente una tira de clavos sobre el asfalto. Terminó la ilustración justo cuando el olor a caucho quemado invadió sus fosas nasales. Si el conductor podía verlo en el espejo retrovisor, no dio señal alguna de bajar la velocidad.

Jaló el dibujo hacia arriba. Los clavos de diez centímetros brotaron del suelo, y consiguió precipitarse fuera de la calzada segundos antes de que la furgoneta pasara como un rayo junto a él.

Los neumáticos reventaron con una serie de estallidos ensordecedores. Detrás de las ventanas opacas, Adrian alcanzó a oír a los ocupantes maldiciendo y discutiendo entre ellos al tiempo que las ruedas desinfladas se deslizaban hasta detenerse por completo.

La nube de mariposas giró por encima. Danna se dejó caer sobre el tejado de la furgoneta.

—Bien pensado, Sketch.

Adrian se puso de pie, con la tiza aún aferrada entre los dedos. Llevó la otra mano a las esposas oficiales de los Renegados, sujetas al cinturón.

—¡Están bajo arresto! —gritó—. Salgan lentamente con las manos en alto.

La puerta se abrió con un sordo sonido metálico, entornándose apenas lo suficiente para que emergiera una mano, con los dedos extendidos a modo de súplica.

—Lentamente... —repitió Adrian.

Hubo un instante de vacilación, y luego se terminó de abrir de forma abrupta. Alcanzó a reconocer el cañón de una pistola instantes antes de que una descarga de balazos acribillara el edificio que se encontraba detrás. Con un alarido, se arrojó detrás de una parada de autobús, cubriéndose la cabeza con los brazos. Los cristales estallaron y las balas rebotaron contra la piedra.

Alguien gritó, y cesaron los disparos.

Las demás puertas de la furgoneta se abrieron al unísono: la del conductor, el acompañante y las dos traseras.

Los siete delincuentes emergieron, dispersándose en direcciones diferentes.

El conductor salió corriendo por una calle lateral, pero Danna lo alcanzó en el acto: en un abrir y cerrar de ojos pasó de ser un ciclón de alas doradas a convertirse en superheroína. Sujetó al hombre del cuello, lo inmovilizó con un brazo y lo arrojó al suelo.

La mujer del asiento del acompañante salió corriendo hacia el sur por Bridgewater, y se abalanzó por encima de la tira de clavos, pero no había avanzado ni media calle cuando un flechazo de humo negro le golpeó el rostro. Cayó de rodillas, asfixiada. Mientras luchaba por respirar, ofreció poca resistencia cuando Oscar emergió de detrás de un vehículo estacionado y cerró las esposas alrededor de sus muñecas.

Tres ladrones más se apresuraron a salir por las puertas traseras de la furgoneta, cada uno arrastrando abultadas bolsas de plástico. Ninguno vio el alambre delgado que cruzaba la calle. Uno tras otro se engancharon los tobillos y cayeron con estrépito formando una pila sobre el asfalto. Una de las bolsas se abrió y derramó decenas de pequeños botes blancos de pastillas dentro del desagüe. Ruby se lanzó desde detrás de un buzón, sujetó rápidamente a los tres y luego fue a recuperar el gancho rojo en el extremo de su alambre.

Los últimos dos criminales emergieron de la puerta lateral. La mujer con la argolla en la nariz –Espina, según los prismáticos de Nova– sujetaba el rifle automático en una mano y una bolsa negra de residuos en la otra. La seguía un hombre con dos bolsas más sobre el hombro.

Adrian se mantenía agazapado detrás de la parada de autobús cuando los dos pasaron como un rayo a su lado y se internaron en un callejón estrecho. Se levantó de un salto, pero no había avanzado ni dos pasos cuando algo pasó silbando junto a él y vio un destello rojo por el rabillo del ojo.

El heliotropo filoso de Ruby seccionó la bolsa que llevaba la mujer sobre el hombro, realizando una estrecha abertura. Pero su alambre resultó demasiado corto: la mujer estaba justo fuera de su alcance. La gema de rubí rebotó y cayó con estrépito sobre el concreto. Una única botella de plástico se perdió a través de la rotura.

Gruñendo, Ruby volvió a enrollar el alambre y lo hizo girar por encima como un lazo. Avanzó decidida, preparada para arrojarlo de nuevo.


La mujer se detuvo abruptamente, volteándose para enfrentarlos. Apuntó la pistola, y descargó una nueva andanada de balas. Adrian se arrojó hacia Ruby. Esta soltó un grito de dolor al tiempo que ambos caían rodando tras un contenedor de escombros.

Los disparos cesaron apenas estuvieron a buen resguardo. Las pisadas de los criminales se alejaron taconeando con fuerza.

–¿Estás bien? –preguntó Adrian, aunque la respuesta era obvia. El rostro de Ruby estaba contorsionado por el dolor, y ambas manos aferraban su muslo.

–Claro –dijo a través de dientes apretados–. ¡Detenlos!

Algo se estrelló en el callejón: el sonido ensordecedor de cristales que se hacían añicos y de metal crujiente. Adrian asomó la cabeza por el costado del contenedor y vio un equipo de aire acondicionado destruido sobre la acera. Examinó el tejado de los apartamentos circundantes justo en el momento en que arrojaban un segundo equipo hacia los ladrones.



Se estrelló sobre las escalinatas de la planta inferior, delante de la mujer. Esta soltó un grito entrecortado y abrió fuego una vez más.

Nova volvió a ocultarse. Una ráfaga de balas cruzó la parte superior del edificio, perforándolo con una serie de cráteres diminutos.

Adrian salió de detrás del contenedor y se apartó de la vista de Ruby; levantó el brazo sin siquiera detenerse a pensar. Incluso bajo la manga gris oscura de su uniforme, vio que su piel empezaba a relucir al tiempo que el delgado cilindro que había tatuado emergía a lo largo de su antebrazo.

Disparó.

El rayo explosivo le dio a Espina entre los omóplatos, lanzándola por encima de uno de los equipos destruidos. El rifle golpeó el muro más cercano con estrépito.

Adrian estudió la línea del techo, con el corazón martilleando en el pecho.

—¿Insomnia? —gritó, esperando que su voz no trasluciera su pánico—. ¿Estás...?

Espina dejó escapar un grito gutural y se incorporó con gran esfuerzo hasta quedar en cuatro patas. Su cómplice tropezó algunos pasos más allá, sujetando aún sus dos bolsas de medicamentos robados.

—¡Déjalo ya, Espina! —dijo—. Vámonos de aquí.

La mujer lo ignoró y se volteó hacia Adrian con un gruñido.

Mientras observaba, una serie de miembros brotaron de la espalda de la prodigio, no lejos de donde su rayo la había alcanzado: seis apéndices, cada uno de tres metros y medio de largo, tachonados con afiladas púas. Le recordaban a las extremidades de un pulpo, si estas hubieran estado cubiertas de feroces espinas.

Adrian retrocedió un paso. Cuando Nova mencionó extremidades cubiertas de púas, imaginó uñas inusualmente filosas. Quienquiera que hubiera armado la base de datos realmente debía intentar ser más específico.



El cómplice de Espina maldijo.

—¡Yo me largo! —gritó, y echó a correr.

Ella lo ignoró y deslizó sus tentáculos hacia la escalera de incendios más cercana; se puso de pie con gran esfuerzo. Sus movimientos resultaban tan veloces y gráciles como los de un arácnido. Cuando alcanzó el descansillo justo antes del tejado, deslizó un tentáculo hacia arriba y por el costado.

Nova gritó. Los pulmones de Adrian soltaron una exhalación de espanto al observar que la mujer la levantaba del techo. La sostuvo en el aire un instante y luego la arrojó hacia abajo.

Instintivamente, el Renegado se lanzó hacia arriba. No se detuvo a pensar en los resortes de sus pies —nadie debía saber acerca de sus tatuajes—: no había tiempo para deliberaciones. Interceptó el cuerpo de Nova antes de que golpeará el edificio del otro lado del callejón, y ambos se estrellaron sobre el contenedor de basura.

Jadeando, Adrian se apartó para examinar a Nova, que seguía entre sus brazos. Tenía algo pegajoso y tibio sobre la espalda; al alejar la mano la notó teñida de rojo.

—Estoy bien —gruñó Nova, que parecía más enfadada que dolida—. Solo tengo rasguños a causa de las espinas. Espero que no sean venenosas —se incorporó y habló al brazalete para informarle al resto del equipo lo que enfrentaban.

Adrian examinó el edificio, temiendo un ataque inminente, pero Espina había decidido no venir tras ellos. La observó emplear sus tentáculos para balancearse desde las escaleras de incendio hasta un conducto de desagüe, y caer escurriéndose una vez más al callejón. Dos de sus apéndices se alargaron y levantaron la bolsa caída y el bote solitario de pastillas sobre el suelo. Luego se lanzó tras su cómplice.

—Iré tras ella —anunció Nova. Se deslizó por el costado del contenedor, y sus botas descendieron con un golpe sobre el suelo.

–¡Estás herida! –exclamó Adrian, aterrizando junto a ella.

Ruby salió a los tropiezos de entre las sombras. Cojeaba, pero donde antes había sangre, ahora habían brotado sobre la herida abierta una serie de cristales dentados color rojo, con el aspecto de estalagmitas.

–Yo también iré tras ella –gruñó.

Nova se volteó para alejarse de ambos, pero Adrian la tomó del brazo.

–¡Sketch! ¡Suéltame!

–¡Son solo dos segundos! –gritó a su vez, sacando su rotulador. Lo usó para dibujar a toda velocidad una hendidura en la tela empapada de sangre de su uniforme, dejando expuesta la herida en la parte inferior de la espalda, no lejos de su columna vertebral. Era más un corte que un rasguño.

–¡Adrian! ¡Se escapan!

Ignorándola, dibujó una serie de vendas entrecruzadas sobre la herida.

–Eso es –dijo, tapando el rotulador en tanto las vendas se entretejían sobre su carne–. Por lo menos, ahora no morirás desangrada.

Nova masculló algo, exasperada.

Echaron a correr juntos, aunque pronto fue evidente que Ruby no podría seguirlos. Mientras Nova avanzaba a toda velocidad, Adrian sujetó el hombro de Asesina Roja y la detuvo.

–Nosotros nos ocuparemos de esta prodigio. Tú regresa, y asegúrate de que los demás estén a salvo.

Ruby estuvo a punto de protestar cuando la voz de Danna crepité por los brazaletes.

–Tengo en la mira a Espina y al sospechoso masculino. Están volviendo sobre sus pasos hacia el hospital. Se dirigen hacia el este sobre la Ochenta y dos. Probablemente, intenten huir por el río.

Ruby le dirigió una mirada severa a Adrian.

–No permitas que escapen.

No se molestó en responder. Volteó y se precipitó por una angosta calle lateral. Quizás pudiera cortarles el paso. ¿Habría regresado Nova a la calle principal o treparía algún tejado para rastrearlos desde arriba?

Cuando estuvo seguro de que Ruby había desaparecido, usó los resortes tatuados en las plantas de los pies para precipitarse hacia delante, recorriendo la distancia diez veces más rápido que si hubiera corrido. Al llegar al final del callejón, atrapó a ambos criminales volteando la siguiente esquina a toda velocidad.

Adrian corrió tras ellos, giró la esquina en el instante en que lo hacía Nova, que venía de la otra dirección. Al verlo, ella se detuvo en seco, sorprendida.

–Qué rapidez –dijo jadeando.

Avanzaron al mismo ritmo, uno junto al otro. Los criminales les llevaban una calle de ventaja. Cada tanto, Adrian advertía uno de los botes de pastillas, proveniente de la abertura en la bolsa de Espina, rodando hacia un canal de desagüe. Era un rastro fácil de seguir.

Más adelante, la calle terminaba en una T. Adrian vio a los criminales tomar dos caminos diferentes. Su intención era separarse, apartándolos a él y a Nova.

–Yo me ocupo de Espina –dijo.

–No –replicó Nova, extrayendo una pistola de calibre grueso de su cinturón de armas. Sin aminorar la marcha, apuntó y disparó. El rayo de energía alcanzó al hombre justo cuando se dirigía a la siguiente calle. Lo envió volando a través de la ventana de un pequeño café. Una lluvia de fragmentos de cristal cayó a su alrededor al tiempo que se desplomaba sobre una mesa y desaparecía de la vista. Una de las bolsas de residuos quedó sujeta en la ventana rota, y una avalancha de botes de plástico cayó sobre la acera–. Tú ocúpate de él –señaló–. Yo me ocuparé de Espina.

Adrian resopló.

–¿Y ahora quién es la competitiva?



Espina vaciló cuando su compañero atravesó la ventana, pero no se detuvo. Si acaso, corrió aún más rápido, empleando ambas piernas y los seis tentáculos para precipitarse calle abajo.

Adrian aún no había decidido si apresaría al hombre o acompañaría a Nova cuando un grito los hizo detenerse en seco.

Su atención se dirigió hacia la ventana destruida del café. Pero no era la ventana, sino la puerta de entrada la que se había abierto con un golpe, estrellándose tan fuerte contra el costado del edificio que el letrero de CERRADO cayó sobre la acera.

El hombre emergió. Había abandonado las bolsas de residuos, y, en cambio, tenía el brazo envuelto alrededor del cuello de una joven que llevaba un delantal a cuadros. Con la otra mano presionaba una pistola contra el costado de su cabeza.